

ATENEEO BARCELONES

**CRISIS DE LA INTELECTUALIDAD  
FRENTE A LOS PROBLEMAS  
DE LA SOCIEDAD ACTUAL**

Discurso inaugural por el Presidente

Excmo. Sr. D. PEDRO GUAL VILLALBÍ



Curso de 1952-1953

Ateneo Barcelonés  
BIBLIOTECA

N.º 72512

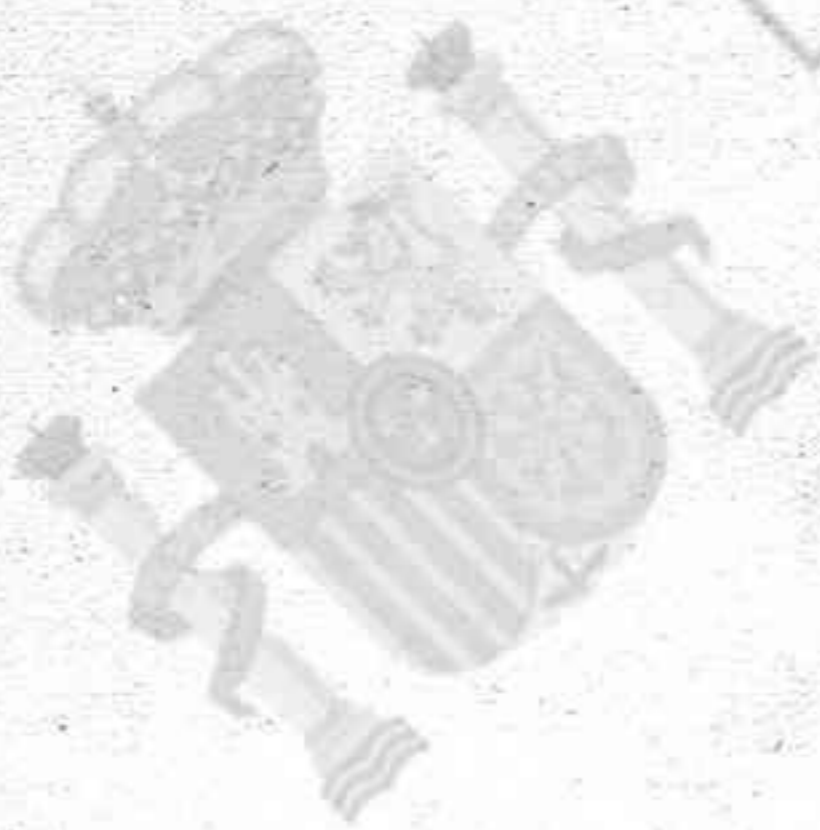
Arm. 215

Est. V

004(04) 5391 Gva

(2)

MINISTERIO  
DE CULTURA



ATENEEO BARCELONES

---

CRISIS DE LA INTELECTUALIDAD  
FRENTE A LOS PROBLEMAS  
DE LA SOCIEDAD ACTUAL

Discurso inaugural por el Presidente

Excmo. Sr. D. PEDRO GUAL VILLALBÍ



Curso de 1952-1953

MINISTERIO  
DE CULTURA



R. 725/2

Excmo. Sr. Subsecretario; Excmas. Autoridades; señoras y señores: Suele ser al final de su discurso cuando el presidente de la entidad da las gracias a la asistencia, a los concurrentes. Yo no sé si esto ha entrado ya a formar parte del protocolo, porque confieso que del protocolo sé muy poco; pero en fin, si es así, si es protocolario, yo ruego que por esta vez me excusen si comienzo por donde debiera acabar. Es porque tengo la impaciencia, el vehemente deseo de expresar en nombre de la Junta Directiva de esta Casa, nuestra gratitud a todos cuantos asisten hoy a este acto y le dan este carácter magnífico. Nuestro agradecimiento a las Autoridades, porque con su prestigio dan realce a este acto; de una manera singular al Sr. Subsecretario y al Sr. Director General de Información que representan al Ministro del Ramo, y significa su presencia aquí como una aportación directa a la labor de esta Casa. Gratitud también a los invitados de honor, que con decir que son de honor ya se quiere decir que son altas jerarquías en el mundo de las actividades del pensamiento; y gracias, también, a todos ustedes, al público del Ateneo, a ese público tan culto, de tan fina percepción, que es como una prolongación y un complemento del espíritu de esta Casa. Así, pues, mi agradecimiento y el de la Junta a todos.

El tema o contenido de este discurso se puede plantear así: Los pueblos viven momentos asaz difíciles. El mundo entero se debate en las angustias de la incertidumbre y de la impotencia, porque se acumulan las graves cuestiones, se continúan, se suceden y no se encuentra solución. En estas condiciones, al igual que el enfermo que ve cómo su enfermedad se prolonga y busca ansiosamente al médico que puede curar sus males o ponerles alivio, de la misma manera los pueblos se vuelven hacia los intelectuales para preguntarse cuál es la actitud que han adoptado vis a vis de esos problemas fundamentales y aun podríamos decir los periféricos, los más perceptibles de nuestra vida social. La respuesta a esta pregunta ¿cuál es la actitud adoptada por los intelectuales? presupone también otro interrogante.

Por qué se trata este tema y razón de su actualidad

¿Es la actitud tomada por aquéllos la que convenía o debería de haber sido otra? La contestación a estos interrogantes es tan amplia, tan vasta, compleja, difícil y hasta controvertida, que yo no me perdonaría el atrevimiento de venir a presentarme ante ustedes con la presunción de pensar que tengo la solución en mis manos; no. Yo no haré más que plantear el problema; me limitaré a exponerlo, sin perjuicio de que en otros discursos y conferencias que tengo comprometidos trate algunas particularidades de este hecho real y lamentable: que frente a los grandes problemas actuales de la sociedad la intelectualidad ha hecho crisis.

Significado de la crisis de la intelectualidad

Crisis significa ruptura de un equilibrio, un estado anormal y penoso producido por el fallo de la función de un órgano o por el fallo de toda una estructura; pero también decimos crisis para referirnos a un período álgido y resolutivo de un proceso morboso. Así, por ejemplo, ciertas enfermedades, hasta que la medicina ha adelantado tanto con los antibióticos y otros remedios, todos sabíamos que tenían un período determinado, traspuesto el cual la enfermedad iba para bien o para mal. A mí me convienen para la explicación de hoy estos dos conceptos de la palabra crisis. Es decir, trataré de explicar que la intelectualidad se ha producido en crisis porque ha fallado en una de sus funciones esenciales como órgano estructural de nuestra sociedad, y porque ha fallado en su propia estructura. Este, podría decir, es el lado pesimista de mi conferencia. Pero en cuanto digo crisis para referirme a un período transitorio y resolutivo, doy el lado optimista de mi conferencia, porque he de suponer que por el solo hecho de que los intelectuales se dan perfecta cuenta de su fracaso y converge la atención de los mismos sobre los problemas agudos de nuestro tiempo, hay que pensar que les encontrarán solución. Hablo de *crisis*, y crisis significa un período transitorio. El optimismo está en que la resolución de esta crisis sea para bien y no sea para mal.

¿Por qué me fijé yo en este tema, le he dedicado mis estudios y meditaciones y ahora lo traigo como materia de esta conferencia o discurso? Sencillamente, porque observaba que se iban produciendo un conjunto de hechos que, manifestándose en lugares distintos y partiendo de organismos o personalidades diferentes, todos coincidían en el

reconocimiento explícito del fracaso de los intelectuales ante los problemas contemporáneos.

A mediados de este año 1952, una revista, que puede considerarse, en cierto modo, como órgano de expresión de la intelectualidad internacional, se formulaba estas preguntas: ¿Cuál ha sido la eficacia *social* de la labor de los intelectuales? En seguida preguntaba también: ¿Cuál es el deber de los intelectuales en toda época y, por consiguiente, en este momento? A la primera pregunta contestaba de una manera desoladora. La labor social de los intelectuales ha sido nula o poco menos que nula. A la segunda, para exponer cuáles eran los deberes de los intelectuales en el momento presente o en cualquier momento, formulaba unas cuantas sugerencias, pero terminaba manifestando la poca confianza que se tenía en que aquellas sugerencias pudiesen algún día alcanzar una realidad positiva, una eficacia práctica. Es decir, una confesión de fracaso y la exposición de una desconfianza.

Poco antes de que apareciese el número de la revista en cuestión, se habían reunido unos cuantos hombres, eminentes en el pensamiento, para tratar de estos problemas. ¿Qué pueden hacer los intelectuales para evitar el peligro que se cierne constantemente sobre nosotros de que estalle una tercera gran guerra? Otro problema: ¿Qué actitud deben guardar los intelectuales ante el hecho de que existan gobiernos tiránicos que constituyen un bloque que amenaza constantemente la paz mundial? Y tercer problema: ¿A qué causa se debe el fracaso y la liquidación acelerada del régimen colonial? Cada uno de estos interrogantes tiene su miga: los tres revisten importancia extraordinaria, porque el último, que parece de menor cuantía, ha planteado un problema agudo, ya que, al reconocer personalidad internacional con categoría de estados libres, en igualdad de derechos y deberes con las grandes potencias, a países que tienen una civilización atrasada y hasta costumbres bárbaras, ha dejado latentes focos fácilmente propensos a inflamarse con la subversión y ha alterado el equilibrio político antes existente.

Aquellos intelectuales se separaron diciendo que se habían puesto de acuerdo sobre unas cuestiones de principio; pero cuando de esta declaración puramente platónica hubieron de definir cómo podrían ponerse en práctica sus

ideas, sus soluciones y el modo de hacerlas eficaces, una respuesta unánime, tajante y sincera confesaba: “nosotros, los intelectuales, en esto nada podemos hacer”. La confesión de impotencia.

Cuando el Duque de Edimburgo dejaba la presidencia de la “Asociación Británica para el desarrollo de las ciencias”, en el año anterior de 1951 (por cierto, esta entidad cumple este año su primer centenario de existencia) hizo materia de su discurso el examinar los progresos técnicos en los últimos cien años y de qué manera estos progresos técnicos se habían aplicado a las necesidades y las artes de la vida. El Duque terminaba su discurso legando a su sucesor esta comprometida recomendación: Que la asociación ponga el mayor empeño, que realice los mayores esfuerzos para encontrar y asegurar el medio de que los progresos científicos futuros y los avances del pensamiento sean para bien de los hombres y no se conviertan en obstáculos ni en causa de males y perjuicios para la humanidad.

¿Por qué terminaba el Duque de Edimburgo con esta recomendación su discurso al frente de una entidad de tanto abolengo y tanto prestigio? No lo dijo, pero es de adivinar que al hacer la recapitulación de los procesos del desarrollo de la técnica durante cien años, ¿cuántas veces se detendría su pensamiento ante el hecho de que un gran progreso científico, que había sido finalmente para bien de la humanidad, había venido originariamente tinto en sangre o empapado en las lágrimas del dolor? Es posible presumir que el Duque de Edimburgo pensase que todos tenemos grandes motivos de admirarnos de los progresos de la aviación. Nos sirven hoy magníficamente para el desarrollo comercial y para muchas manifestaciones de la vida social; pero contra la aviación se pueden formular cargos graves; se le pueden hacer severas inculpaciones. A fines del siglo precedente se habían realizado grandes esfuerzos para humanizar las guerras. ¿Quién no recuerda aquellas célebres conferencias de La Haya y la labor de los Institutos internacionalistas, que buscaban afanosamente limitar los males de las guerras, se esforzaban para salvaguardar la vida de la población civil, proteger los patrimonios artísticos, respetar la propiedad privada, hacer posible la continuidad del comercio de los neutrales? Pues bien, ¿qué queda de todo esto? Nada. Y la aviación es una de las princi-



pales responsables, porque ha roto todos los límites geográficos de contención de la guerra a determinados espacios y la hace universal; porque la aviación tiene a su cargo la responsabilidad de millones de víctimas inocentes cruelmente inmoladas; porque la aviación es responsable de la destrucción de un patrimonio artístico que no se recuperará jamás; y es la autora de la destrucción de muchas ciudades; al punto que se inventó un término para expresar la forma brutal de esta destrucción, el vocablo "coventrizar", por la presencia devastadora de la aviación alemana en el cielo de la ciudad de Coventry. Pensaría también quizá el Duque de Edimburgo, en lo que nos reservará la nueva física nuclear, con la desintegración del átomo. Posiblemente representará caudales de energía que quitarán a la humanidad esa preocupación que tienen los economistas, los políticos y los geólogos de un posible agotamiento de las energías que encierra nuestro planeta. Pero, después de pensar en estas magníficas posibilidades, había de reflexionar, necesariamente, que la bomba atómica, hoy por hoy, no tiene en su haber más que las catástrofes de Hiroshima y Nagasaki, así como la terrible preocupación que tenemos todos los ciudadanos de que si estalla una nueva guerra y se hace bajo el signo de la bomba atómica y la bomba de hidrógeno, será, no una mera destrucción de algunos pueblos, sino acaso el aniquilamiento de toda la humanidad. Estas debieron ser las preocupaciones del Duque de Edimburgo, y por eso hizo aquella recomendación a su sucesor en la presidencia de la Asociación citada.

El sucesor, Mr. Hill, las recogió en un discurso leído hace pocas semanas, al que daba este título tan expresivo. "El Intelectual y las exigencias morales" y este subtítulo "El dilema ético de la Ciencia". La tesis de Mr. Hill es la siguiente. En tanto el científico está en su tarea de investigador, en el experimento, el laboratorio, la moral no tiene por que hacer acto de presencia, puede estar perfectamente ausente. En el proceso de crear o descubrir una fuerza, un elemento, una potencia, una nueva idea, la moral todavía puede ser neutral. Los factores morales no tienen razón para entrar más que cuando llega el momento de aplicar aquellas novedades, realizarlas en hechos; es decir, cuando pueden ser usados para preservar los bienes o para destruirlos, cuando hay que optar por el bien o por el mal.

Entonces se preguntaba Mr. Hill: Llegado este momento, ¿cuál debe ser la actitud de los intelectuales? y con gran asombro se lee esta respuesta: Los intelectuales entonces obran como simples ciudadanos, no como científicos, porque es deber de todo ciudadano inclinarse hacia el bien y no hacia el mal; la elección es de valor social. De donde se infiere la inhibición de los intelectuales.

En uno de los últimos libros de filosofía, el de Lewis Mumford, que lleva el título "La recuperación del hombre", y el subtítulo "La conducta de vida" se lee algo parecido a esto: Nadie que sepa leer y que sea capaz de escuchar puede alegar ignorancia de que estamos ante un hecho trascendental, el de una enorme desintegración social. Frente a este hecho, que muchos parecen desconocer, los intelectuales se limitan a lanzarse recriminaciones, a formular algunas admoniciones y pronósticos pesimistas, pero no se dan cuenta de que lo necesario, lo urgente, es encontrar un medio para curar los males que padecemos.

España tampoco ha estado indiferente a esta preocupación que muestran los intelectuales porque, también de una manera casi sincrónica, esto es alrededor de las mismas fechas, se reunía aquí en España la "Asociación Ibero-Americana para la eficacia y la satisfacción en el Trabajo" y antes de entrar en el desarrollo de los temas estrictamente técnicos se preguntaban: ¿Tienen los intelectuales el deber de intervenir en los problemas humanos que la sociedad tiene actualmente planteados y orientarlos? Formulaban, pues, la misma duda.

Adviertan ustedes que me he referido a una importante revista, a una asociación prestigiosa, a un filósofo renombrado, a hombres eminentes, y podría haber continuado las referencias. Pero creo son suficientes para que lo que voy a decir no parezca que obedece a una preocupación mía, que no es una mera ofuscación personal, ni tampoco se piense que soy un pesimista al considerar estas cuestiones. Lo dicho tiene el significado de que para decir lo que voy a exponer, lo que ha de constituir el motivo de este discurso, me apoyo, principalmente, en la opinión de los mismos intelectuales que en varios de sus sectores, como ustedes han podido oír, reconocen explícitamente su fracaso.

Resulta, pues, que en estos momentos de depresión espiritual universal, cuando no se nos cae de los labios la palabra "crisis": crisis económica, crisis social, crisis de la civilización, crisis del hombre... cuando vivimos atemorizados pensando que esta incertidumbre de hoy cualquier día puede resolverse de un modo trágico, en un nuevo acto dramático de mayor amplitud y de mayor dolor que los que ha presenciado nuestro siglo, ante esto los intelectuales se cruzan de brazos y se limitan a formularse unas preguntas a las que no dan más que respuestas dubitativas o respuestas desconsoladoras de impotencia. Entonces el público, el hombre de la calle, ustedes, yo, podemos formularnos esta pregunta que ayer, espontáneamente, me planteaba un locutor de la radio en la "interview" radiada que me hizo: Si los intelectuales no son capaces de señalarnos una orientación, abrimos camino, formularnos unas proposiciones, ¿de quién hemos de esperar el auxilio y la ayuda necesaria para salir del caos en que nos encontramos? Este es fundamentalmente el tema que voy a tratar. Y me interesa hacer una aclaración. La aclaración es parecida a esa que se hace ahora en las películas, en que al salir en la pantalla el rótulo de las mismas, debajo se advierte al público que no se ocurra buscar identidad o una semejanza de los personajes de la comedia con personajes reales, pues no hay tal cosa. Yo digo lo mismo. No tengo en el pensamiento, cuando vaya a formular algunas apreciaciones sobre la intelectualidad, a sector alguno de intelectuales, ni, mucho menos, a cualquier intelectual personalmente. Tampoco me refiero, al decir *intelectualidad*, a tal o cual sector del pensamiento, ni a la intelectualidad de tal o cual grupo nacional. Hablo de la "intelectualidad" en absoluto. Intelectualidad universal, porque las omisiones, los errores o los defectos en que ha podido incurrir la intelectualidad de hoy, son universales, comprenden a todos.

Los intelectuales, o la intelectualidad, si ustedes quieren mejor, ha incurrido en un grave error. El de fijar demasiado su atención en los problemas que antes llamé periféricos o los problemas más perceptibles de la vida social, y ha descuidado el buscar la concentración de sus esfuerzos para formular un pensamiento de ambición universal, dar una orientación que tenga la magnitud necesaria a lo que conviene a la humanidad de nuestro tiempo. En este

sentido, a mí me parece que la intelectualidad se ha comportado como el médico cuando ante un enfermo que padece una grave dolencia interior, cuida, únicamente, de atender las manifestaciones exteriores: una erupción, un absceso, un tumor; o trata de hacer que remita la fiebre, o calmarle los dolores con analgésicos. Pero mientras tanto la enfermedad continúa y se agrava; se cura una erupción, pero sale otra, quizá más violenta, en otra parte del cuerpo. Se resuelve una tumefacción, pero se reproducirá, indudablemente, en forma más virulenta; se extirpa un absceso, mas no tardará en aparecer otro peor.

Exactamente lo mismo ocurre con nuestros problemas. Reparemos en nuestras grandes preocupaciones actuales: El clima de guerra fría, que perdura años y años, obliga a los pueblos a los esfuerzos del rearme que desarticula las economías, al descoyuntar las economías perturba la vida social, y, además, también, desarticula la vida política. Nos inquietan las guerras abiertas, que existen en distintos puntos de nuestro globo y no menos la perspectiva de otras en potencia, latentes, que en cualquier momento pueden estallar por rivalidades de unos pueblos con otros; las revoluciones que se suceden con una cierta periodicidad, cambios violentos de regímenes políticos, subversiones. En otro orden de cosas, la deformación del sentido de la justicia inmanente, con la invención de nuevos delitos de carácter colectivo, que parecen retrotraernos a la época bárbara en que el vencedor tenía derecho de vida y muerte sobre el vencido. Una extensión alarmante de la corrupción pública y privada; un más alarmante sentimiento de depravación y de rivalidad. En suma, todo lo que podríamos decir de cada uno de los males de nuestro tiempo, que, con ser muy graves, no son más que manifestaciones externas de un gran mal mayor; un problema que es el que se olvida. Por esto es poco menos que inútil poner remedio a cualquiera de aquellas manifestaciones. Apáguese la guerra de Corea, termínese con la de Indochina, resuélvase el problema del petróleo del Irán, etc., etc. Surgirán inevitablemente otros problemas similares, seguramente de mayor gravedad, posiblemente de mayor amplitud, porque el mal cala más hondo que todas estas manifestaciones externas. Este mal es el que me he referido antes; es que estamos

viviendo un lamentable proceso de desintegración social. ¿Es que nadie lo advierte?

Sí, lo advierten los filósofos, porque hemos de observar la insistencia con que nos hablan de un vacío en nuestra vida y nos dicen que hay que *dar un nuevo contenido a la vida humana*. Lo piensan asimismo los políticos, cuando nos hablan insistentemente de que *hay que preparar un mundo mejor*. Luego se reconoce que el mundo actual no es satisfactorio. Hasta ahora, esto de "dar un nuevo contenido, un nuevo significado a la vida" o el hablar de "un mundo mejor", no son más que declamaciones, frases hechas y, sin embargo, hay que darles un contenido real, convertirlas en una directriz viva de un camino espiritual que echamos de menos. Porque no podemos decir que sea un contenido ideal y conveniente la vida que llevamos tan absurda, de indiferencia, de insensibilidad, sin verdaderos ideales; esa vida de ligereza, de frivolidad e inconsciencia. Tampoco es dar un contenido a la vida entregarnos groseramente a las materialidades de la existencia. Ni lo es ese desorden y rivalidad en que se produce la intelectualidad; ni el manifestarse con un pesimismo y un acobardamiento fatalista, o con un optimismo bobo, insustancial. Dar un contenido a la vida de hoy, reclama, necesariamente, una nueva fórmula concreta, precisa, armónica, con normas nuevas; implica una tarea de reactivación social. Hay que restituir o elevar el pensamiento a planes más vastos, a otras finalidades que estén por encima de los intereses y de los egoísmos particulares y que han de estar, también, menos directamente ligados a la existencia y preocupaciones gregarias de grupos y de colectividades. Esta es la gran tarea.

Frente a esta tarea ¿cómo se han comportado los intelectuales? Esto es el punto más delicado de la conferencia. Cabe hacer una clasificación de los intelectuales en cuatro grupos. Estos grupos no son perfectamente homogéneos ni están rotundamente deslindados, pero, en fin, pueden servir a modo de aproximación.

En el primer grupo podemos situar a los intelectuales que creen tener soluciones para todo; los de las ideologías, los proyectistas; gente de buena fe que se asombra y a veces hasta se indigna de que ante su fórmula maravillosa los gobiernos y el público en general no se apresuren a aceptarla, porque están convencidos de que aquel es el

La agitación espiritual de nuestro tiempo: posiciones de los intelectuales

camino para llegar al máximo bienestar, a la completa felicidad. Estos hombres agitan la opinión pública con discursos y conferencias constantes, y producen libros, muchos libros. Hoy se publican demasiados libros. Yo creo que hay una hipertrofia bibliográfica; lo cual puede parecer a primera vista un poco sorprendente, porque de vez en cuando se leen exclamaciones de personas solventes que lamentan que se lee poco y esto también es exacto. Es que hoy vivimos esta contradicción; se lee poco en el sentido de que las ediciones de muchísimos libros quedan cortas, raquílicas, en cifra insignificante. Hay ediciones que las ha leído muy poca gente y tengo la presunción, casi la certeza, de que son bastantes los libros que no han sido leídos más que por el autor, el linotipista y el corrector de pruebas. Hoy está de moda hablar de inflación y el término se puede aplicar aquí diciendo que padecemos *inflación bibliográfica*, una inflación de libros. Llamamos en economía "inflación" cuando hay un exceso de medios de pago que no guarda relación con las necesidades que verdaderamente hay que atender; entonces la moneda pierde valor, se deprecia. Pues bien, hay una inflación hoy en la producción varia de libros en relación a la poca gente que los lee. En cambio, cuantos tienen necesidad y afición de leer pasan una verdadera tortura, una angustia infinita, porque en cada una de nuestras especialidades, no podemos dar abasto a conocer, a hojear siquiera, lo mucho que se publica. Afluyen a nuestras mesas de estudio por centenares las revistas técnicas, por decenas los libros y cuando con gran esfuerzo queremos satisfacer la curiosidad de conocerlos, viene a menudo nuestro desaliento, porque buena parte de esos libros nos descubren nuevamente el Mediterráneo, nos presentan como nuevas, ideas caducas, conceptos fracasados, principios inoperantes.

Estos son los intelectuales que dan mayor carácter al primer grupo, el de los autores de producción fecunda, abundante. A ellos se les puede atribuir gran parte de responsabilidad por el confusionismo en el pensamiento que existe en nuestros días. Ellos son los causantes de que hoy vivamos un período de agitación espiritual que recuerda mucho el período de agitación espiritual de fines del siglo XIX, sólo que este de ahora tiene más amplias resonancias y seguramente va a tener peores consecuencias.

En un segundo grupo están los intelectuales más prudentes. Les parecen de tal magnitud los problemas actuales que escapan a toda posibilidad de la mente humana para resolverlos y dan una explicación. Los trastornos que está sufriendo la humanidad en nuestros días, no son más que las manifestaciones de una crisis de crecimiento, y en las crisis de crecimiento hay que dejar en mucho que la naturaleza obre de por sí. Por tanto, esperan que habrá de producirse una reacción biológica social que vendrá a devolvernos la salud, la tranquilidad y el equilibrio. Es un modo de inhibición; pero si se limitasen a cruzarse de brazos y abandonasen su producción literaria, dejarían de ser intelectuales. Por esto tales intelectuales siguen produciendo libros. Han tomado dos direcciones, una se ha enfocado hacia una cultura casi de fichero, que registra fechas y datos con meticulosidad y está en consonancia con las cosas de nuestra época en que todo lo ordenamos y catalogamos por ficheros. Es la que da una nota de culteranismo a nuestro tiempo, a veces un poco infatuado, siempre con sus características de rebuscamiento y de afectación. La inclinación principal de sus cultivadores se ha refugiado, preferentemente, en la investigación histórica, la crítica literaria y la filología. Pero, a fin de cuentas, esta es una producción valuable. Otros han derivado hacia otro lado, con obras ligeras, triviales y hasta chuscas, que han hecho crecer en modo alarmante el cultivo de la superficialidad. Son la causa de que haya descendido tanto la producción literaria de hoy, que entre millares de novelas, por ejemplo, que se publican, apenas se cuentan por decenas las que realmente pueden pasar por buenas, son completas, tienen un contenido bueno de lectura y de valor social.

Ante los excesos de los unos y el desviacionismo de los otros, ha aparecido un grupo que recomienda lo que llama una nueva filosofía, la filosofía del "silencio". Sus partidarios dicen: hay demasiadas ideas, excesivos proyectos y sobra de sistemas. Esto produce un debarajuste imponente y así como en medio de un gran barullo suele salir alguien que levanta la voz más fuerte y aconseja "¡calma, señores!; cállense unos momentos, hagan un poco de silencio, para ver si logramos reflexionar y entendernos", así estos filósofos aconsejan lo mismo, una pausa, un silencio para ver si llegamos a desbrozar el camino y nos ponemos de acuerdo.

Recomiendan la práctica del silencio porque dicen que daría oportunidad a los espíritus para concentrarse en sí mismos, hacer a modo de un examen de conciencia, para imponerse un estado psicológico que diese la disposición de ánimo necesaria para abordar el problema y apreciarlo en sus verdaderas magnitudes.

Parece, a primera vista, que esta política del silencio tiene algún parecido a la ley mecánica que aconseja que los motores, cuanto más potentes, más necesitan, de vez en cuando, que se les pare para proceder a una limpieza de los mismos, a un reajuste, a una purga, que se llama. Pues bien: estos filósofos del silencio dicen: ahora hemos de parar la actividad de los motores del cerebro para purgar el aparato de nuestra conciencia, limpiarlo del polvo de nuestras imágenes habituales, para librarlo del entorpecimiento que suponen las influencias de los significados demasiado gregarios, que pesan sobre los intelectuales en un ambiente de vida insatisfecha e incompleta. En seguida añaden: esta política del silencio no quiere decir adormecer la conciencia, entregarla al sueño. Es todo lo contrario. Hay que mantenerla despierta, viva, activa, vigilante. Lo que se quiere es que el intelectual con esa pausa tenga oportunidad para librarse de las influencias de toda filosofía, toda metafísica, toda teología, que pueden desviarle o le desvitalicen para la función que les está reservada.

Finalmente el cuarto grupo es el de los que consideran que cada época debe tener su pensamiento. Cada época tiene su estado de conciencia que evoluciona naturalmente, se transforma y la historia registra las etapas de esa evolución, de esos desplazamientos. Cuando un pueblo, o en un período de la vida de un pueblo no se ha formado un estado de conciencia y no tiene su propio pensamiento, entonces es como el que se ha extraviado en un camino y no sabe a dónde se dirige ni por dónde se va. En cambio, la formación de un estado de conciencia, de un pensamiento colectivo nos da la seguridad, la sensación de sabernos en el camino cierto y que conocemos a dónde nos conduce este camino. Añaden: para esto los intelectuales han de contribuir a formar el pensamiento, la conciencia de su época. Nada de pausas, nada de pasividad ni de tregua a la actividad externa del pensamiento, porque ello es contrario a



la función sustancial del intelectual que no ha de limitarse a la mera especulación. El intelectual ha de obrar, actuar de una manera determinada y ha de hablar, ha de producirse de cara al público, porque ha de influir el pensamiento colectivo, en la función principal de formar la conciencia de su época.

Basta la enumeración de estos cuatro grupos, pensar en los subgrupos que pueda haber dentro de ellos, adivinar las rivalidades que los separan entre sí, para tener idea de lo que es una realidad en nuestros días: el caos, el estado lamentable de confusión en el pensamiento. Este estado de depresión espiritual no es de ahora, viene de lejos; ya me he referido antes a los fines del siglo XIX en que comenzaron a manifestarse esos signos de depresión espiritual en el mundo entero. Pero cuando ocurrieron cada una de las dos grandes guerras de nuestro tiempo, la humanidad civilizada pareció querer concentrarse en sí misma y rectificarse. A la presencia de tanta destrucción y tanto dolor, ante tanta sangre y tantas lágrimas, los hombres, parecía, que después de haber vuelto la espalda a Dios con el ateísmo y el debilitamiento del sentimiento religioso, volvían el rostro hacia el Supremo Creador y se sentían como pecadores sinceramente arrepentidos, pues daban a tales tragedias una interpretación como si fuesen el merecido castigo que la Divina Providencia nos imponía, como envió en su tiempo el Diluvio Universal para castigar las perversidades de la humanidad de aquel entonces. Parecía todo propicio para un acto de contricción general y se abría el pecho a la esperanza de que, libres los hombres de la maldad, se podría encontrar el pensamiento social rector a la época en que vivimos.

La verdad es que en la postguerra anterior como en la de ahora, hemos experimentado una tremenda desilusión. Los pueblos viven en la incertidumbre y el escepticismo, están descontentos, amargados, inquietos. Nuestra juventud crece sin ilusión alguna; salvo en una muy exigua minoría el resto de la actual juventud es poco prometedora, porque se muestra apática, indiferente, incapaz para ideal alguno. Todos tenemos como una fatiga general. Hay como una desgana universal para cuanto significa hacer un esfuerzo serio, vivo y sostenido. En todos los ramos de la actividad se puede observar este decaimiento en la energía, decai-

Estado de confusión  
en el pensamiento  
y sus consecuencias

miento que los economistas materializamos en nuestro campo en una disminución en el rendimiento.

A consecuencia de esta manera de nuestro vivir, de la incoherencia de nuestra vida por la incertidumbre y el desasosiego, ¿qué hacen los pueblos?; pues buscan aturdirse en el clamor y la pasión frenética de los espectáculos ruidosos de masa y competencia, porque cuando los pueblos no pueden dar expansión a elevados sentimientos idealistas van con preferencia a los espectáculos de competición violenta, de rivalidad, como una forma de apasionarse. Este es el caso de los períodos de decadencia de los grandes pueblos. Mas, no es esto lo peor; al fin y al cabo este apasionamiento por los deportes violentos (el fútbol, el boxeo, la lucha libre, las carreras de grandes velocidades de los autos, etc.), son manifestaciones — exacerbadas si se quiere — de cultura física y aun se les puede dar un significado de vigorización de la raza; lo peor es que la necesidad de distracción y aturdimiento se busca hoy, en gran parte, en los espectáculos nocturnos, que nos dan la multiplicación pavorosa de los cabarets y las “boites”, semillero fecundo de vicios y disipación, con locales insanos, infectos, donde se baila al compás de músicas inarmónicas de ritmo desacompañado y frenético, que están muy de acuerdo con el frenesí y desequilibrio de nuestro tiempo. Así va degenerando el espíritu de nuestros pueblos, que se forman en un materialismo bajo y grosero. Otros pueblos padecen un vicio mayor, el aturdimiento se busca en el abuso del consumo de bebidas alcohólicas, que ha crecido enormemente, y otros, aun peor, se entregan al uso de los estupefacientes, que se desarrolla de modo alarmante y hace presa en las juventudes.

Esto lo vemos todos. Lo denuncian públicamente moralistas, sociólogos y médicos; lo condena severamente la Iglesia. A pesar de lo cual, el mal se extiende. ¿Es que por este camino se puede llegar a una solución de los problemas actuales? Evidentemente no son más que gérmenes peligrosos de descomposición que han de conducir necesariamente a nuevas guerras y a nuevas revoluciones, porque esto no es el “contenido” que ha de tener la vida del hombre civilizado. Hay que salir de esto y no se cura el mal con abstracciones; de modo que no podemos guiarnos únicamente por los filósofos, tampoco por los economistas, porque no es

caso de puras materialidades. Los filósofos nos darán una solución abstracta; los economistas tienen propensión a ofrecernos soluciones materialistas, que podríamos decir de vientre, o sea un bienestar puramente de digestión. No es ni lo uno ni lo otro. No es suficiente provocar las especulaciones de los metafísicos ni los afanes de los economistas. Hay que formar un pensamiento de dimensión universal y porque es universal quiere decir que se necesita el concurso de filósofos, economistas, historiadores, juristas, es decir, todos los cultivadores de las ciencias que, más o menos, se aproximan al grupo de las políticas sociales; pero también necesitamos de los biólogos, naturalistas, físicos, químicos, matemáticos... porque la vida nuestra necesita de todo; pero a cada uno de estos hay que decirles que deben bajar, descender un poco de sus abstracciones y dar un carácter más realista a su ciencia. Hay que dar a ésta un valor social y luego asignar un valor de integración social a todo el conjunto.

Para esto la labor de la intelectualidad ha de desenvolverse en un ciclo de tres períodos. Era difícil encontrar un término para el primero, se puede tomar el del profesor Guitton y llamarlo actividad *cinemática*, que consiste en que el intelectual abandone un poco sus abstracciones, se enfrente con los problemas concretos, observe los hechos y movimientos en sí mismos y por sí mismos; los trate, primero, sin relación al tiempo, como si fuesen perpetuos, para después referirlos al momento presente, los ha de ir coordinando, combinar su encuadramiento y percepción en el instante. El segundo período es *dinámico*. Estudiar las influencias del medio ambiente, las impulsiones externas que vienen de fuera sobre los fenómenos, pero también observar las que surgen de dentro y conciernen al comportamiento mismo de la conducta del sistema social. La fluidez de estas dos influencias o del doble orden de fenómenos que caen bajo el ángulo de observación del intelectual obligan a intentar construir una síntesis. El tercer período, el más importante, es el *político*; en el sentido más amplio de la palabra y su más exacto significado. Después de conocer los fenómenos, cuando hemos penetrado en su substancia, los hombres tenemos la tentación o la necesidad de influirlos, de obrar sobre ellos. Esto es la política, influir los fenómenos para delimitarlos, circunscribirlos, a fin de

Cómo han de cumplir los intelectuales su misión. El defecto de estructura de la intelectualidad

sacar de ellos las máximas ventajas si son buenos, para eliminarlos si son malos o pueden ser perturbadores. Ha de ser ésta una función semejante a la del médico, que tiene la misión de prevenir, la de curar y la de eliminar las causas nocivas para evitar la repetición de los males.

Si nos preguntamos qué confianza tenemos en que los intelectuales puedan cumplir debidamente este cometido nos tenemos que mostrar un poco escépticos, porque aquella triple actividad supone un método riguroso y el desarrollo completo de un ciclo y no hemos de engañarnos, los intelectuales son los más individualistas. La intelectualidad se diluye en una especie de nihilismo que permite hablar con propiedad, de un "nihilismo intelectual".

Si consideramos la *intelectualidad* como un complejo, un conjunto orgánico, como una unidad, podemos distinguirla de los intelectuales que se producen en un sentido individual y de variedad; pero cuando hablamos de la *intelectualidad* nos referimos a aquel complejo y lo hemos de asociar a un concepto de estructura. Pues bien, en este aspecto de estructura, falla y la intelectualidad así se produce en el desorden. Hay muchos, muchísimos hombres eminentes en el pensamiento; no es escaso el número de sabios; entre las obras que se producen las hay muy valiables; pero todas estas obras y todos estos esfuerzos producen la sensación semejante a las piezas de un mecanismo que en sí son perfectas, cada una de ellas es acabada, pero están dispersas, les falta montarlas adecuadamente en aquel mecanismo. De este modo las piezas sueltas, aunque perfectas, no tienen utilidad o se reduce a aprovecharlas como recambio para otros motores o mecanismos ya viejos y gastados que con ese recambio van marchando. Así a la intelectualidad le falta el montaje y el trabajo intelectual, hoy muy valioso en sí, pero disperso, falto de cohesión, es como aquellas piezas de la mecánica y sirve sólo para lo mismo, para poner remiendo a las ideas viejas y anticuadas, para sostener sistemas caducos, para alimentar unos principios fracasados, con una política de remiendo o de ir tirando, pero nada más. Falta, por tanto, la función de armonía, de coordinación.

Otro defecto de la atomización del pensamiento, de su falta de cohesión para una orientación de sentido universal

ha sido observado por Ortega y Gasset. El fenómeno es que muchos de los intelectuales de hoy tienen una propensión a salirse de su especialidad y a mostrar su capacidad en otras actividades del pensamiento. Así se observa que el filósofo, por ejemplo, quiere demostrar saber química, el economista presumir de filósofo, metafísico, jurídico, matemático, etc.; el químico hace alardes de penetrar en la filología, etc. Muchos se sienten inclinados a las bellas artes y al cultivo de la novela. De modo que los especialistas se salen de su especialidad. ¿Por qué será esto? Yo me doy la respuesta diciendo que toda vez que la intelectualidad no ha podido universalizarse, cada intelectual propende a hacerse a sí mismo universal. La consecuencia salta a la vista. El hombre que en su especialidad puede ser una eminencia, en cuanto desvía parte de su atención al cultivo de otras disciplinas mentales es en ellas un elemento mediocre. No escapa la labor intelectual a la ley física de las limitaciones; limitaciones en la posibilidad del esfuerzo, limitaciones en el tiempo. La ley física de lo que se gana en extensión se pierde en intensidad, puede aplicarse a este caso. El hombre que en su especialidad es un sabio, puede dejar de serlo y se amengua el poder de su sabiduría, cuando practica esa diversión de sus actividades mentales.

Nos llevaría muy lejos tratar este punto y sus afines. Por otra parte, es hora de dar término a mi exposición. Pero no quiero dejar de significar que, a mi modo de ver, la tendencia de los intelectuales de hoy se desvía y esteriliza en gran parte, porque con una pretensión justa e inicialmente bien entendida de volver a la cultura humanística, se van humanizando, sin darse cuenta, en un sentido demasiado limitado, estrecho, temporal y estrictamente histórico. Hay como una dirección hacia la monomaniaca concentración en unos pocos principios. Hay una tendencia a admitir sólo como verdades aquello que puede ser científicamente demostrado o comprobado; por ejemplo, los economistas estamos viendo como se va estrangulando la ciencia económica y distanciándola de su verdadero sentido, porque la tendencia moderna, la que priva, es que lo que no se pueda exponer en ecuaciones o fórmulas matemáticas ya no tiene valor de realidad alguna, olvidando la influencia que en lo económico, como en todo lo social, tiene el elemento psicológico. También hemos de denunciar la peligrosa insisten-

Lo que no ha hecho la intelectualidad y lo que le corresponde hacer. Palabras finales

cia en lo cuantitativo más que en lo cualitativo y, sobre todo, que se pierden los esfuerzos en la multiplicación y concentración de medios con olvido de los fines. Observen ustedes, por ejemplo, los esfuerzos de las naciones para encontrar solución a los problemas económicos y políticos de orden internacional. Prácticamente ¿qué han hecho? Multiplicar simplemente los órganos y los medios. Recuerden: la UNO y la UNESCO, la FAO, la NATO, la ECA y la ECE, la ITO, la OEEC, la GATT... Bueno, ¡para qué más! Se necesita hoy un verdadero diccionario para poder descifrar el significado y conocer el nombre exacto de todas estas siglas. ¿Cuántos organismos? Uno, dos, tres para el enfoque de cualquier problema. ¿Cuántos problemas resueltos? Positivamente, ninguno. Este es un peligro general: el despilfarro de energías en los instrumentos, que nos trae una vaciedad en el pensamiento y una gran confusión en las ideas.

¿Qué es, en fin de cuentas, lo que atormenta el pensamiento de los hombres que se detienen a considerar las circunstancias del mundo que vivimos y quieren penetrar el porvenir, saber a dónde vamos? Observamos que se acusa cada vez más el fenómeno de la desintegración de los vínculos sociales, se debilitan y se transforman los sentimientos colectivos, hay una gran confusión en las ideas y se alteran las normas de la convivencia social. Por todo ello adquirimos el convencimiento de que nuestra cultura se derrumba y está en crisis toda nuestra civilización. Otras veces la observamos fraccionada, en compartimientos y decimos: crisis de la moral, de las afecciones, económica, de los sistemas políticos o de la civilización occidental; ¡crisis! ¡crisis! Pensamos que esto es el período de tránsito para otra cultura, pero esa cultura la vemos lejana, no se vislumbra siquiera cuál podrá ser y mientras, vivimos el difícil período de tránsito. En esos períodos de tránsito se divaga, se pierden energías e ilusiones en los tanteos, se pasa de la ilusión y la esperanza al desaliento. Sin embargo, hay unos postulados que conviene tener presentes, si se quiere conservar un mínimo de seguridad para la acción y evitar la sensación de sentirnos extraviados. El caso es sabernos en el camino seguro, porque aunque éste sea largo, accidentado, difícil, nos animará la esperanza de alcanzar el fin. El filósofo a que antes me referí dice que el hom-

bre tiene la obligación *moral* de ser inteligente, así como también la obligación *intelectual* de conducir su propia moral, su conducta ética debidamente.

Esta doble condición nos marca el objetivo capital, al cual la intelectualidad ha de hacer la aportación máxima de sus esfuerzos bien intencionados. El gran imperativo humano es dar un motivo substancial a la vida; hay que seleccionar altas formas de vivir y proyectar para la vida de las comunidades civilizadas, futuros y ambiciosos proyectos de desenvolvimiento. Para ello, quizá lo primero es procurar el restablecimiento de la primacía de la personalidad del individuo. A la vista de la experiencia hemos de preguntarnos si no es hora de revisar las ideas, los principios y los sistemas excesivamente gregarios, que han ido limitando la iniciativa y la responsabilidad de las personas singulares — y en algunos casos como en la URSS y satélites las anulan — para dar un alto sentido humano a la vida individual que no se contradice con los postulados esenciales de la vida social.

En este aspecto, la misión de los intelectuales está perfectamente definida. No olvidemos que la Ciencia es conocimiento, conocimiento es poder y poder es inseparable de la *responsabilidad*, a menos que neguemos el libre albedrío del hombre para escoger entre el bien y el mal. Nada, pues, de inhibiciones. Ante la caótica situación de hoy y las terroríficas perspectivas que nos amenazan, los intelectuales tienen una gran misión que cumplir y les incumbe una tremenda responsabilidad. Para ello, lo primero es ceder algo de sus particularismos y contribuir honradamente a formar un elevado pensamiento común.

Se me dirá que esto se intenta y pueden citarse, en efecto, los numerosos congresos, conferencias y reuniones de sociólogos, economistas, biólogos, geógrafos, filósofos, etc. No discuto la significación y la importancia que puedan tener y estoy convencido de lo que representan en avances *técnicos*. Mas, para que tengan un valor social, para lograr aquella integración social de que hablé antes, se impone una mayor sinceridad, que se dejen de lado las ofuscaciones sectarias, los celos, los personalismos, que cierran casi siempre las sesiones con acuerdos transaccionales y convencionalismos. Tampoco estaría de más una más escrupulosa selección de capacidades para llevar la representación ofi-

cial o de organismos a tales reuniones, que hoy suelen ser, en no pocos casos, motivo para un turismo que de otro modo no podían realizar los beneficiarios.

También se me podrá objetar y de fijo está en el pensamiento de muchos de ustedes, que comulgamos en una religión que es la que con más alcance y precisión nos señala un fin a la vida y por las enseñanzas de sus Apóstoles, de sus Papas y de sus Prelados ha definido con el más alto sentido humano y divino la razón de nuestra existencia. No he dejado de pensar en ello al concebir este discurso y ahora al exponerlo. Pero, es que, desgraciadamente, aparte otras razones, no podemos ocultar que en nuestro campo ha crecido tanto la mala hierba de la indiferencia y del conformismo egoísta, de la tibieza, que se impone una grande y vigorosa tarea de recatolización.

Para facilitar el tránsito y también acercarnos a la tarea que nos debemos imponer, parece prudente conservar instituciones que constituyen unos focos capaces de alumbrar todavía el camino espiritual de nuestro tiempo. Las instituciones como los Ateneos y las Universidades, donde pueden aposentarse las nuevas ideas, porque son centros de estudio, lectura, análisis, discusión y de controversia.

Yo tengo la satisfacción, más que satisfacción incluso el orgullo, de pertenecer a la Junta de esta Casa. La Junta integrada por destacadas, relevantes personalidades en las diversas actividades del pensamiento, pero todos animados de un mismo propósito, pues sabemos cuál es la misión que nos incumbe, la responsabilidad que hemos contraído al aceptar un puesto en la dirección de esta Casa. La Junta anterior, igualmente prestigiosa, realizó su cometido; tenía el mismo deseo y cumplió su política del momento, que es la mejor política. Nosotros sabemos la política del momento que el Ateneo ha de cumplir ahora. Algún día hablaré de los Ateneos extensamente, y de la función que han realizado y de la que han de realizar. Aquí y para final de esta charla, he de decirles que ésta no es más que un discurso a modo de introducción. He querido suscitar en ustedes una inquietud. Hacerles partícipes de la propia inquietud que yo siento. Darles la visión, como una anticipación de la manera en que comprendemos los problemas sociales del momento. Sabemos cuál es nuestra responsabilidad en la dirección de esta Casa y decimos que estamos resueltos a



afrontarla. Estamos seguros de nosotros mismos en cuanto a la voluntad de hacer; pero sabemos que nosotros no podemos tener éxito sino contamos, primero con una participación fundamental, esencial, la colaboración pública, la asiduidad vuestra. Necesitamos también el concurso moral y material de las autoridades; y al decir material nada voy a pedir, sino al contrario, agradecer mucho, porque vienen hoy, precisamente, a presidir este acto el Subsecretario y Director General del Ministerio de Información, los señores Cerviá y Pérez Embid, quienes espontáneamente han dado bastante y han mostrado gran afecto por esta institución. Lo que han hecho por el Ateneo, lo agradece el Ateneo mismo; lo agradece Barcelona, porque tiene al Ateneo como una de las instituciones más propias y genuinas y puesto que lo que se hace por esta entidad se hace por la cultura y la cultura no es cuestión local ni regional, sino que es un problema de ámbito nacional, es evidente que lo que han hecho ustedes por el Ateneo lo agradece España. He dicho.



MINISTERIO  
DE CULTURA



MINISTERIO  
DE CULTURA



MINISTERIO  
DE CULTURA

